

Ecós de Umberto Eco

Por María Carolina GEEL

Podría decirse de él, como de Sartre en una época, que hoy por hoy es uno de los escritores más célebres de Europa. Y también como al francés, hay quienes lo rechazan y quienes lo honran, disentir que contribuye a aumentar su resonancia. Conocido antes en medios cultos como autor de tratados de semiótica (1), de ensayos y de algún estudio sobre arte —v.g. "La definición del Arte"—, hoy a cuatro años de ser publicada su novela "El Nombre de la Rosa", al parecer muy inesperada, continúa despertando vivo interés entre los lectores de la gran literatura. Y un detalle sorprendente es que tal novela ha venido a escribirla en las proximidades de la cincuentena (actualmente sus años son cincuenta y tres o algo más, lo que significaría que se encuentra en el vértice del vigor intelectual, según afirmaciones de algunos estudiosos), sorprendente decíamos, ya que uno se pregunta cómo con su fenomenal talento para crearla pudo esperar tanto, máxime si se tiene en cuenta lo mucho que se apresuran a escribir y sobre todo a publicar los bisoños escritores —y, ay, no muy bisoños—, tanto entre nosotros como en todas las latitudes.

Este acto tardío él lo ha explicado, o tratado de explicarlo entre serio e irónico como lo es con frecuencia, diciendo que hay "aquello sobre lo cual no se puede teorizar, aquello que hay que narrar".

Conviene advertir que Umberto Eco es buen burlón de sí y del prójimo y, diríamos, de las relaciones de ambos con las cosas.

Esta característica de la vena irónica es bien relevante en su monografía de posterior publicación, "Apostillas" a "El Nombre de la Rosa", en la cual ofrece varias explicaciones, si llegan a ser tales, de por qué escribió la novela. Una, simplísima: "escribí una novela porque tuve ganas". Así, tout court, la sinceridad misma. Luego añade que "el hombre es por naturaleza un animal fabulador".

Queremos intercalar aquí una buena observación del autor que atañe al trabajo de dicho animal fabulante: "Miente un autor cuando dice que ha trabajado llevado por el raptó de la inspiración. (...) No recuerdo en qué famosa poesía Lamartine expresó que le había salido de una tirada, en una noche de tormenta, en medio de un bosque. Cuando murió, se encontraron los manuscritos con las correcciones y las variantes, y se descubrió que aquella poesía era quizá la más "trabajada" de toda la literatura francesa... "Como puede verse, fabulan hasta sobre su propia fabulación...".

Cuando uno termina "El Nombre de la Rosa", en el ánimo se suman dos sentimientos: el pesar, por eso precisamente, que se haya terminado, y la admiración casi atónita hacia un novelista de tan grande originalidad. Esta abarca no pocos aspectos: originalidad en el tema, en la intriga, en la forma, en los personajes, en el lugar y hasta en el tiempo novelado que dura sólo siete días. Y nótese que en todas y cada una predomina la naturalidad más cabal.

La narración, extendida en seiscientos siete páginas, transcurre en el medievo. Y el autor, para decir verdad, en su "Apostilla..." cuenta que hacía algunos años que acariciaba la idea de escribir sobre el medievo, estadio histórico cuyos acontecimientos no cabe duda que lo llenan de placer. Placer de erudito tanto como psicológico e intertextual como él dice, afirmando que todo libro viene de otro libro que a su vez viene de otro que... etcétera. Su erudición, amenísima, se le aparece a uno, raramente, como el fruto aislado y exquisito de cuantiosas lecturas; y decimos raramente, porque, como es bien sabido, ocurre con alguna frecuencia que la mucha erudición es vivero de frutos algo amustiados. En esta obra nos la tenemos con una Edad Media nada oscura en su sentido tradicional y donde las pasiones en ebullición (aunque éstas, dado el lugar, son mantenidas sotto voce, en sordos estallidos y hasta diríamos con santa bellaqueería, si se toleran ambos vocablos), repuntan al fin en hechos desoladores.

Así pues, todo el suceder de la novela ocurre en una famosa y gran abadía llena de monjes medievales cuyas relaciones van llenándose de acontecimientos que llevan a recordar vivamente la novela policial sin dejar de ser, ni por un momento, Edad Media, fenómeno que a ratos puede pasmar al lector... y precisamente al lector más exigente...

Ahora bien. La riqueza narrativa de este libro brinda fases múltiples e inesperadas que no por tales se desvían del compacto y armonioso cuerpo novelístico. Hablemos por el momento de una de ellas.

Entre las páginas 298 a 305 se halla una descripción del amor en que cae el joven monje narrador, de veras notable, como si bajo el impacto de un "poder semiótico" la belleza de la descripción de amar hubiese sojuzgado al autor. Tal referencia amorosa está sin duda inspirada en "El Cantar de los Cantares", del que, incluso, hay pasajes parafrásticos de un delicioso y bellísimo encanto.

(Con relación a dicho pa-

EL NOMBRE DE LA ROSA

Umberto Eco



Editorial Lumen

La novela "El Nombre de la Rosa", de Umberto Eco, continúa despertando vivo interés entre los lectores de la gran literatura.

saje voluptuoso, Eco, claro, trata de evadirse del estado emotivo, y así es que al explicar cómo lo escribió se impone una apostilla de autoburla al finalizar la cual el lector da en la carcajada).

Volviendo a la monografía. Resulta que las apostillas ahí planteadas, divididas en trece capítulos a cual más chispeante, no son menos originales en sus análisis que la novela misma, las cuales navegan, por decirlo así, sobre una atmósfera no ya irónica sino francamente cómica. Citemos algo. Estima por ahí, capítulo "La Respiración" y con referencia al proceso de novelar, que para "entrar en una novela hay que aprender a respirar con ella (...) mediante la escansión de los acontecimientos. Hay novelas que respiran como gacelas y otras que respiran como ballenas o como elefantes...". Pero anterior a esto ofrece una delgada, sutilísima ironía respecto de los recuerdos proustianos infantiles cuanto a "la magdalena embebida en tilla...".

Lástima es que este opúsculo apostillista que,

entre epigrama y epigrama contiene muchas verdades didácticas sobre literatura, tenga sólo ochenta y tres páginas.

Se dice en la solapa 2 de "El Nombre de la Rosa" que esta obra ha sido traducida a múltiples idiomas y que ha alcanzado un extraordinario éxito de crítica y público a nivel mundial. Esto lleva a meditar que, como siempre ha sido a lo largo de toda la historia de la literatura, han existido y existen best sellers que son obras maestras, como en este caso; y otras, las más, que resultan verdaderos bodrios. La resonancia obtenida por "El Nombre de la Rosa", es, a nuestro juicio, altamente merecida.

(1) Es del caso aclarar que estos estudios semióticos de Umberto Eco son referidos no a la simple acepción médica que dan los diccionarios comunes, sino que se trata de la doctrina de los signos o semántica en función directa con la lógica matemática, la filosofía, psicología, literatura, etc.